

ESCENA TERCERA

AGNES, VILLANUEVA, BASCH, que llega á reunirse con su amo.

AGNES

(Con la voz temblorosa.)

¿Verdad que tiene razón el Emperador? ¿Verdad que se trata de una equivocación, de una tremenda y desastrosa equivocación?...

VILLANUEVA

No lo creo así, señora.

AGNES

De manera que Su Majestad...

VILLANUEVA

El Archiduque... no lo sé... pero en mi opinión, será fusilado...

AGNES

¡Pero este hombre está loco, este hombre no rige bien de las entendederas!... ¡El Emperador fusilado, el Empe-

rador sufriendo males, el Emperador expuesto á comparecer ante un tribunal de sus enemigos; eso no puede ser, eso no debe ser!...

VILLANUEVA

Tal vez me equivoque, pero...

AGNES

Pero si Su Majestad se obliga á no volver á pisar más el territorio mexicano, si Su Majestad dará seguridades de que no tiene pretensiones al trono de este país...

VILLANUEVA

¿Y si vuelve?...

BASCH

(Trabucando las palabras y con un fortísimo acento gutural.)

¡Como si se sintieran tantas ganas de volver al país de ustedes!... Yo, por lo menos, por acá no volveré, ni siquiera la cabeza...

AGNES

De manera que el Emperador... ¿Y qué debo hacer para evitar esa atrocidad?

VILLANUEVA

Todo, desde el ruego al Presidente, hasta procurar la fuga de Maximiliano...

ESCENA CUARTA

Salón de espera del palacio del Gobierno federal en San Luis Potosí. Se hallan sentadas frente á frente la Princesa y Josefina Ubiarco. La primera luce una toilette primaveral, sombrero de color de rosa, falda blanca de seda finísima, guantes claros, *babolets* color de crema, zapatos del color del traje y medias rosa. La viuda de Jecker lleva velo negro tupidísimo y está trajeada como para una recepción palaciega. Las dos damas se miran al sesgo y parecen destrozarse in mente.

AGNES, JOSEFINA, el ministro IGLESIAS.

JOSEFINA

¿Y quién será esta *cocotte*? ¿Y qué vendrá á hacer por aquí? ¡Vaya que en estas oficinas tiene uno singulares encuentros!... De seguro vienen á quitar el tiempo al Ministro, á entretenerle con majaderías y á ponérmele de mal humor... Si yo pudiera saber qué busca semejante pécora...

AGNES

(También dice para sí.)

¡Vaya una figurilla de señora!... Parece la hechicera del *Trovador*... Va á hablarle á Iglesias de algún asunto

de bienes nacionalizados, y, como si lo viera, le va á entretener tanto, que no va á haber tiempo para que yo diga



media palabra... ¡La maldita vieja!... Porque vieja ha de ser, que ni duda cabe; si no, no se tapara tanto el palmito... Y como todavía le queda el cuerpo capaz de aluci-

nar apretado por la cotilla y atormentado por las ballenas, se decide á hacer la dama misteriosa...

(Se abre la puerta y aparece un criado que dice en voz alta:)

El señor Ministro está en su despacho, y les ruega á ustedes se sirvan pasar...

(Las dos damas se sorprenden de que se las haga entrar reunidas, pues cada cual por su parte desearía ser quien monopolizara la atención del ocupado magnate.)

IGLESIAS

Me dicen que ustedes desean hablarme acerca de un asunto que parece les interesa mucho... Según creo vienen en diputación...

JOSEFINA

(Descubriéndose.)

Pepe, buenos días.

IGLESIAS

(Sorprendido.)

Señora Ubiarco, buenos días... Ignoraba que fuera una antigua amiga la que venía á hablarme... ¿Acompaña usted á la señora, ó ella acompaña á usted?

AGNES

No, señor Ministro, no; la señora viene por su cuenta y yo traigo negocio aparte... Ya usted sabe, el negocio del proceso del Emperador...

IGLESIAS

¡Ah, sí, el proceso de Maximiliano!

JOSEFINA

Parecido es mi asunto: deseo obtener seguridades del Gobierno, acerca de los prisioneros de guerra que acaban de coger en Querétaro...

IGLESIAS

(Evadiendo el tratar directamente de un asunto que se conoce le preocupa más de la cuenta.)

La resolución del Gobierno acerca de los prisioneros de guerra no tardará en saberse; en cuanto al Archiduque... ya usted lo sabrá, el Gobierno ha dispuesto que se le sujete á juicio. Del tribunal que le ha de juzgar depende la resolución de este grave asunto. Mientras el

Consejo de guerra no decida, nada podrá hacer el Gobierno...

AGNES

(Con fuego.)

Pero ¿acaso á un Emperador, á un hombre á quien la nación ha llamado con voces de delirio, se le puede juzgar como á un subteniente que falta á la revista? De los miembros designados para el Consejo, algunos hay que no saben leer siquiera...

IGLESIAS

(Sonriendo.)

Debe de haber exageración en eso, señora; seguro estoy de que el cuartel general ha procedido con arreglo á la ley y...

AGNES

Pero esa ley es una ley monstruosa...

IGLESIAS

(Con suave sonrisa.)

Yo sólo sé, señora, que es una ley preexistente y aplicable al caso.

AGNES

Señor Ministro, ¿y no podría ver al Presidente?

IGLESIAS

Claro que puede usted verle y que le puede exponer cuanto desee; pero es menester prevenirle.

(Sale Iglesias.)

AGNES

¡Dios mío, si estas diligencias sirvieran de algo, si aliviaran un poco la suerte del Emperador, si llegaran á salvar su vida!...

(Dirigiéndose á Josefina:)

¿Qué opina, señora, debemos abrigar alguna esperanza?

JOSEFINA

(Pesimista.)

¿Esperanza? Yo abrigo poquísima; pero hay que luchar aunque sea sin esperanza de salir adelante... ;Quién sabe lo que el tiempo dé de sí, quién sabe lo que se vean obligados á conceder estos republicanos, ahora empeñados en su tarea de derramar sangre humana!...

AGNES

Pues no es precisamente el optimismo, la nota predominante de usted... Dada la amistad que á usted le demuestra Iglesias, y la privanza que usted parece tener con él, será una lástima que no las aproveche en favor del Emperador...

JOSEFINA

Les conozco, señora Princesa, les conozco, y sé que por buena voluntad que tenga uno de ellos en favor mío, no logrará hacer ni hará nada que valga dos cominos... Tratan ante todo de cumplir lo que llaman su deber, de cubrir su responsabilidad ante el mundo, de llamar la atención, y á eso sacrifican todas las consideraciones de amistad y de familia que se les pudieran ofrecer... Figúrese usted; darse el gustazo de matar á un Emperador... á un descendiente de cien reyes, como ellos dicen...

AGNES

Eso no lo intentarán nunca, y menos lo harán...

JOSEFINA

Lo intentarán y lo harán, vive Dios; ya verá usted...

ESCENA QUINTA

Despacho del Presidente Juárez, en el salón del Congreso de la ciudad de San Luis. AGNES, JOSEFINA, JUÁREZ, IGLESIAS.

El Presidente Juárez sale por la puerta del fondo con el mismo aspecto sereno y tranquilo que le caracterizó durante toda su vida: está vestido con escrupulosa corrección y saluda con urbanidad á las dos señoras. Josefina se adelanta á saludarle queriendo quizás recordarle la ocasión en que ocurrió al palacio de México con objeto de sobornarle; pero Juárez no la reconoce ó no quiere reconocerla. Agnes, con las lágrimas en los ojos, acezando, toda vestidita de miedo y de horror, se acerca á don Benito, y apartando las crenchas de rubios cabellos que la caen al rostro escapándose del sombrerete que le cubre la cabeza, se echa á los pies del Presidente. La Ubiarco, comprendiendo lo falso y difícil de semejante situación, saca fuerzas de flaqueza y también se arroja á los pies del Presidente, que se manifiesta desagradado de aquella teatralería tan ajena á sus gustos y á sus inclinaciones.

JUÁREZ

(Retirándose con prisa al ver que la Princesa recorre de rodillas una buena parte del salón y trata de abrazarle las piernas.)

¡Señora, por Dios, levántese usted, que no estoy hecho á ver que las damas se arrojen á mis plantas!... No resolveré una palabra en el negocio que la trae á usted ante mí, si antes no se pone en pie...

AGNES

(Con cara y ademanes de Dueña Dolorida.)

No me alzaré, no me alzaré de aquí, señor Presidente,